

En busca de las Luces del Norte

La Aurora boreal. Un espectáculo de la naturaleza, mágico y bello, que hay que buscar para poder disfrutar de su esplendor y comprobar si es tan espectacular como parece. Pues ese era el objetivo principal del viaje que nos planteamos a Noruega, superando el Círculo Polar Ártico, para también de paso, disfrutar de muchos paisajes inhóspitos y también preciosos como los que nos ofrece Noruega.

Sabíamos que no podíamos ir cerca del verano, ya que en esas latitudes iba a haber luz todo el día y para apreciar la aurora boreal es necesario que no haya luz, que sea de noche completamente. Así que en marzo nos fuimos hacia allá, prácticamente el último mes en que íbamos a poder disfrutar de algunas horas de oscuridad en el norte de Noruega.

Nuestro primer destino fue la ciudad de Alta, y como no podía ser de otra manera en esas fechas, nuestro primer contacto con Noruega fue la nieve. Las aceras de esta ciudad tenían más de un metro de nieve acumulada perfectas para dejar varios “ángeles” en cada paseo para recorrerla. No obstante, lo que más sorprende de Alta es su moderna catedral, conocida precisamente como la catedral de la Aurora Boreal, que no deja indiferente a nadie con su original diseño, hecha de metal y sus formas redondeadas.



Durante el día aprovechamos para hacer otra de nuestras ilusiones: montar en trineos tirados por perros y descubrir la cultura del pueblo sami, y así lo hicimos. Fue toda una aventura sin duda imposible de olvidar. Cada pareja de turistas prepara su propio trineo con las instrucciones que te van dando. Te asignan 4 preciosos perros husky a los que tienes que colocarles el arnés y ganarte su confianza para pasar el resto del día con ellos y que sigan tus órdenes. Para los amantes de los animales es sin duda una experiencia única, ya que te cuentan la historia de cada perro, sus cruces con lobos y los logros de cada uno. En nuestro caso uno de ellos había sido ganador de la carrera de trineos más importante que tienen en el país.

Por la noche, hicimos nuestro primer intento de buscar las “Luces del norte” (como también se conocen las auroras), pero a pesar de contar con una aplicación que supuestamente nos decía las probabilidades de verlas, y alejarnos hasta las afueras de la ciudad para tener la mayor oscuridad, no hubo suerte, a pesar de que el cielo estaba despejado. Habría que seguir intentándolo.

Proseguimos nuestro viaje yendo a Tromsø, donde alquilamos un coche para recorrer toda la región de las preciosas islas Lofoten. Solo la ruta por carretera merece sin duda la pena, ya que los paisajes y montañas nevadas, los pequeños y entrañables pueblos pesqueros que se atraviesan, con sus enormes secaderos de bacalao, los impresionantes puentes entre las islas que se cruzan, y mil y una vistas inolvidables de las que se disfrutan, es algo que no hay que perderse. Como curiosidad, hicimos noche en el pueblo con el nombre más corto del mundo, Å (pronunciado más o menos “O”), durmiendo en una típica casa de pescadores, llamada *rorbu*.

La mala suerte se seguía cebando con nosotros, ya que las noches solían estar nubladas, y no hubo ninguna oportunidad de conseguir nuestro objetivo. De todas formas, nos encantó la experiencia de conducir por estas rutas, sobre carreteras con hielo y nieve, pero sin ningún problema gracias a los neumáticos con clavos de que disponen todos los automóviles, y el buen estado de todas las carreteras.



Muchos de los pueblos que visitamos allí tienen nombres quizá desconocidos para la mayoría de nosotros, pero cada uno tiene su encanto especial: Harstad y sus animados bares y restaurantes; Setermoen, en donde la mitad de la población es militar debido al cuartel de la OTAN allí ubicado; Svolvær, y su peculiar montículo con dos cimas; Henningsvær, y su peculiar campo de fútbol enclavado en el extremo de la isla, precioso desde el cielo, Andenes, en el extremo del archipiélago, y su faro que parece del fin del mundo; Sortland y sus peculiares casas azules... Tampoco hay que olvidarse del Polar Park, cerca de Bardu, una especie de "Cabárceno ártico", en donde se pueden ver a la fauna propia de la zona en grandes espacios, como el linco ártico, oso pardo, buey almizclero, renos, alces, zorros árticos o lobos.

De vuelta a Tromsø, una ciudad de verdad, comparado con los pueblitos de las Lofoten, quisimos aprovechar quizá nuestra última oportunidad de buscar las ansiadas auroras. Así que el último día que pasamos allí optamos por contratar una excursión en una agencia local, ya que el día parecía bastante propicio y nos comentaban que seguro que se podrían ver (aunque no nos fiábamos demasiado de lo que nos contaba). Después de cenar salimos un grupo de unas 10 personas en una furgoneta dispuestos a quemar nuestro último cartucho. Recorrimos varios kilómetros hacia el norte por carreteras secundarias y vacías hasta llegar a un pequeño desvío en donde aparcamos al lado de un lago. El guía nos dijo que íbamos a intentarlo, pero media hora infructuosa después, nada se movía en el cielo. Así que volvimos a emprender la marcha hasta otra zona alejada de la ciudad donde la oscuridad era total. Esta vez sí. Al poco rato de llegar, se empezaron a ver lo que parecían unas nubes claras en el cielo. ¿Era eso la aurora boreal? Según el guía sí, por lo que una cierta sensación de decepción nos invadió por momentos. Pero el espectáculo acababa de comenzar. Poco a poco esas "nubes" se empezaron a iluminar gradualmente, y a cambiar de color hacia el verde, y a tomar una forma como de cortina. Y no solo eso, sino que unos minutos después, pudimos ver como esas cortinas empezaban a ondear en el cielo, a hacerse mucho más visibles, e incluso a cambiar de color con toques de morado y rosa. No es



fácil describir la emoción que pudimos sentir en esos momentos al ver un espectáculo único, y la verdad, casi insuperable. Te sientes tan minúsculo mirando hacia arriba y contemplando esas luces, una multitud de estrellas, satélites moviéndose por el espacio... Lo habíamos conseguido. Habíamos logrado ver un espectáculo grandioso. El principal objetivo estaba cumplido. Pero aún nos quedaba mucho viaje por delante.

Nuestro siguiente hito iba a ser nuevamente extremo. Tomaríamos un avión para irnos a la ciudad más al norte del mundo. Longyearbyen tiene 2000 habitantes, y es la capital del archipiélago de Svalbard, que se encuentra a tan solo 1000 kilómetros del Polo Norte. Aquí se dan muchos hechos peculiares. Por ejemplo, hay más osos polares que personas en la isla, por lo que, si sales de la ciudad, es obligatorio ir armado por si te encuentras con ese precioso, pero peligroso animal. También es curiosa la ley que “prohíbe” morir allí, ya que debido al permafrost que existe, no es posible enterrar los cuerpos en un cementerio. Por su clima extremo, no existe ni un solo árbol allí y, por último, el lugar es famoso por albergar la conocida como “cúpula del fin del mundo”, el Banco Mundial de Semillas, un almacén subterráneo que contiene todas las semillas del mundo, que se custodian en ese lugar por si acaso ocurre un desastre natural (o no tan natural), para así poder volver a “reconstruir” el mundo a partir de la agricultura. Pues bien, allí de lo que pudimos disfrutar es de irnos sobre motos de nieve al otro extremo de la isla para tratar de ver algún oso polar (spoiler: no lo conseguimos), ver el Océano Glacial Ártico congelado, meternos en una cueva de hielo a través de un agujero en el suelo, comer carne de reno en el restaurante más septentrional del planeta, o visitar su ¡Universidad!



Después de unos días allí, y de soportar hasta 30 grados bajo cero, nos volvimos al continente. Nuestro siguiente destino era la ciudad de Stavanger, ya al sur del país. Una ciudad tranquila para pasear por sus calles, sorprendiéndote con su magnífico arte urbano, y disfrutando de su rica gastronomía. Desde esta ciudad se puede hacer una excursión a un monumento natural digno de ver: Preikestolen. Su traducción será “El Púlpito”, y es una formación rocosa que se alza sobre el Lysefjord, uno de los muchos fiordos que se encuentran por esta zona. Y lo que allí se puede ver no es imaginable; nada menos que una pared vertical de más de 600 metros con una cima horizontal en la que se puede apreciar la majestuosidad de este

increíble lugar. El ascenso no es muy técnico, pero la nieve y el hielo lo complica un poco, y te obliga a ir con crampones y cierto cuidado. Por fin arriba es cuando llega el momento deseado, ver ese acantilado y la caída que tiene hasta el fondo del fiordo. Vértigo. Los más atrevidos se acercan al borde, incluso algunos osan sentarse con las piernas colgando, desafiando al sentido común. A nosotros nos valió con pisar esa plataforma horizontal, que algún día se caerá, según los expertos, y en donde Tom Cruise llegó a filmar una escena de una de sus películas de "Misión Imposible". Tras las fotos, y la vuelta en ferry a Stavanger, nos quedaba más viaje por delante.

En el puerto tomamos otro ferry con dirección a Bergen, la segunda ciudad del país. El trayecto por la costa oeste de Noruega también era espectacular, al ver tantas islas, fiordos, y escarpadas costas desde la cubierta, que no daban ganas de llegar al destino. Pero había mucho que ver allí. En especial, su barrio histórico, las vistas desde el monte Fløyen tras subir en el funicular, atravesar en barco el magnífico fiordo de Nærøyfjord, volver a la ciudad en el pintoresco tren Flåmsbana y disfrutar de los magníficos restaurantes de Bergen (comiendo incluso carne de ballena). Hubo algún contratiempo con el tren para volver de tarde. Contratiempo quiere decir 7 horas parados en medio de la nada debido a un alud que se había producido más adelante, donde tampoco nos informaban muy bien de lo que pasaba, y casi no nos dieron víveres para pasar el rato. Lo más sorprendente de todo es el carácter de los noruegos. Nadie se quejaba, la gente estaba tranquila sin armar alboroto ni levantarse de su sitio. No me quiero imaginar lo que habría pasado en España en una situación similar...

Y para acabar, nos quedaba la última etapa. La ciudad más importante del país, su capital Oslo. Famosa por su gran calidad de vida, sus zonas verdes y museos, su tranquilidad y seguridad. Para llegar allí, tomamos el tren Bergen-Oslo, uno de los trayectos en ferrocarril más bonitos del mundo, dicen. Una pena que lo hiciéramos de noche para ganar tiempo, porque seguro que habría merecido la pena. No pasa nada, hay cosas para disfrutar de sobra. El Parque Frogner y sus peculiarísimas estatuas; el Palacio Real y su cambio de guardia; el museo Nacional con la obra más famosa del pintor noruego más reconocido, "El grito" de Munch; el museo Fram (el barco de Amundsen que conquistó el Polo Sur y el Norte); el museo de barcos vikingos; la Ópera de Oslo, en donde puedes pasear por encima de su techo...

Con unos paseos en bicicleta por las tranquilas calles oslenses damos por finalizado este magnífico viaje, que nos ha dejado experiencias que a buen seguro nunca olvidaremos.